

guez buc, muy bien en su jefe de la policía y aun cantando de un modo excelente. Una hermosa mujer de exótico nombre, Rosa de Castilla, que recuerda los nombres nuestros por lo poético, luce muy bella, canta más o menos bien todavía, pero habla como los aborígenes de aquel país, y en una obra que se supone acontece en Bagdad, no encaja de una manera lógica.

¡Ah, señor, pero si hubieseis visto lo que yo vi! ¡Qué bailarina entre el conjunto y luego, por fortuna, con un solo extraordinario! En el papel que unos señores muy elegantes daban a la entrada, hay nombres más grandes, pero el de esta bailarina genial permanece entre el montón y no sabría decirsi se llama Elena Carter o no. Es la que interpreta a una de las posibles esposas del califa, y sale vestida de azul. Pocas veces se ha visto una bailarina de tales cualidades, señor, y todo el espectáculo merece la terrible pena de verse sólo por esos minutos que ella está en el escenario. El canto del gallo anuncia que ya amanece, poderoso sultán, y concluyo mi último cuento esperando que os haya agradado y me perdonéis la vida.

El sultán Schariar miró a Scherezada largo tiempo, se levantó de sus cojines y dijo: “Las mil y una noches anteriores quedaron borradas por tu horrible cuento de hoy. Serás ejecutada al instante.” Y salió dignamente mientras Scherezada encomendaba su alma a Alá, a Mahoma y a Rimsky-Korsakov.

18 de marzo de 1973

DE UNA SEÑORA A UNA SEÑORITA

Srta. Irma Serrano.
Teatro Virginia Fábregas
Presente.

Señorita de mi consideración:

Le ruego encarecidamente tenga a bien disculparme por el atrevimiento de ponerle estas líneas desde la Rotonda de los Hombres

Ilustres del Panteón de Dolores, pero Manuel José, Salvador, Enrique, Manuel, Diego, José Clemente y muchos compañeros míos de reposo (hasta Emilio Carranza, quien él mismo no se explica qué hace aquí), y sobre todo la latosa de Ángela, me han insistido tanto en que lo haga, que al fin me he atrevido a pedirle una pluma de esas que cruzan el pantano y no se manchan que tiene Salvador, un pliego de juzgado a Manuel José, y comienzo a escribirle a usted esta carta para que el público de México, que tanto me quiso y me respetó, conozca mi opinión sobre el cambio de nombre que ha efectuado usted en el que fuera mi teatro.

Estoy enterada que todo este escándalo lo ha armado ese chico Luisito Basurto, a quien yo estimo tanto porque tuvo fe en mí cuando yo era ya una anciana y me llevó a España para obtener mis últimos triunfos en el extranjero. Conozco bien a Luisito y sé que es un apasionado del teatro que a veces exagera en su amor y en su entusiasmo, y se ciega hasta tal punto que llega a convencerse que *Las madres*, de este chico Rodolfo, es una buena obra teatral. Como usted verá, estoy consciente de los errores de mi defensor, pero también lo estoy de que es un hombre de y para el teatro, que ha consagrado su vida entera a él y que no piensa, ni come, ni vive sino para luchar por el pobre teatro mexicano. Yo fui como él y sé bien lo que es dedicar toda una existencia a un solo ideal, cosa que usted no ha hecho y por ello no logrará comprender nunca ni a Luisito ni a mí.

Quiero aclarar antes que nada que no estoy enojada porque usted le haya cambiado mi nombre a mi teatro, es decir, a su teatro ahora. Cuando Pancho Cardona, mi primer marido, y yo, compramos ese local, lo primero que hicimos fue cambiarle el nombre, que era el de Teatro Renacimiento, por el mío, y nos quedamos tan tranquilos, y ningún periodista se lanzó en contra nuestra por semejante "sacrilegio". Siguiendo mi ejemplo, mi nieto Manolo hizo lo mismo, y en cuanto tuvo la valentía de endeudarse hasta el cuello en la compra de un horrible jacalón en la Colonia San Rafael, y luego de remozarlo y ponerlo cómodo, quitó el nombre de Nuevo Teatro Ideal y le colocó el suyo. El mismo Luisito, mi querido defensor, puso su nombre a un pequeño teatrillo en la Colonia Polanco, y cuando un famoso cómico lo adquirió, de inmediato le quitó el nombre de Luisito y le

puso el de Ofelia, porque así se llamó la primera carpa donde trabajó y donde comenzó a darse a conocer como Cantinflas. Que yo recuerde, nadie saltó a la palestra tembloroso de indignación porque se suprimía el nombre de un famoso comediógrafo y hombre de teatro. Quizá fue porque Luisito aún vivía, y vive por fortuna y que sea por muchos años, y a los vivos siempre se les ve con menos respeto que a los muertos.

Voy a decirle, estimada señorita, lo que no me parece de todo este lío que a la postre lo único que va a darle a usted es publicidad, cosa que me parece muy bien, porque quienes nos dedicamos a esto, seamos artistas o pretendamos serlo, necesitamos de la publicidad tanto como de las tres comidas diarias. Usted compró el que fue mi teatro y que me fue prácticamente robado cuando yo era una anciana sin fortuna porque toda la había consagrado a mi carrera y había tenido que hipotecar una y otra vez el inmueble para montar comedias o dramas, y cuando acordé ya estaba llena de deudas y tuve que rematar mi teatro en la cantidad que un empresario sin escrúpulos tuvo a bien darme. Ese mismo empresario, alejado del concepto buen gusto casi tanto como usted, derrumbó el local, que era una belleza indescriptible, y construyó sobre él una caja de zapatos llena de lo que ustedes llaman “departamentos” y que son más bien jaulas para fieras, y construyó otro teatro tan feo, tan antifuncional, que cuando lo vi me volví a morir, sólo que ahora de indignación y de tristeza. En fin, eso no importa mucho ahora: lo que importa es que usted, como le decía, compró ese teatro, lo remozó siguiendo los gustos de un señor que se imagina así era la llamada *belle époque*, y decidió quitarle mi nombre. Hasta allí todo iba bien, porque cada quien es muy libre de ponerle a sus cosas el nombre que mejor le parezca, pero permítame preguntarle, estimada señorita de apodo felino, ¿en verdad le parece un bonito nombre eso de “Salón Frou-Frou”? En primer lugar, ¿por qué “Salón” y no Teatro? Quizá porque usted ha visto muchas películas del Oeste norteamericano y en todas ellas aparece un *Saloon* donde se baila una especie de cancán. ¿O quizá será porque está usted consciente de que lo que va a hacer no es teatro y por ello no quiere comprometerse? Si es así, no he dicho nada.

Pero volvamos a lo de “Frou-Frou”. Ese nombre era clásico

en las novelas de finales del siglo pasado, y en todas las que aparece una "griseta", una mariposilla elegante, la heroína de los cabarés de Montparnase tenía que llamarse Frou-Frou. Recuerde usted que hasta en la zarzuela se canta aquello de "Frou-Frou del Tabarín, desprecias la virtud, etcétera". ¿Por qué ponerle entonces a un teatro el nombre que simboliza a una... griseta? Mi educación y mi clase me impiden hacer comentarios. Piénselo usted, estimada señorita, y comprenderá que no es conveniente ese nombre, por aquello de las comparaciones.

Acabo de leer en un periódico en que venían envueltas unas flores que le trajeron a Alfonso, que no va usted a representar *Naná*, de Emilio Zolá, obra que después de todo le iba al Salón Frou-Frou, por su tema y por su horrible adaptación de novela a pieza, sino que se lanza con *Lisistrata*, de Aristófanes, en una versión en la que se hablará "un español muy mexicanizado que no descarta el albur", según dice ese mismo periódico. Mucho tendría que decir al respecto, estimada señorita, pero creo que cuando se ha perdido por completo la proporción de las cosas, cuando la más pequeña autocrítica ha desaparecido, cuando han dejado de importar los niveles en los que uno puede moverse y cuando en efecto el teatro deja de serlo para convertirse en *Saloon*, las personas que tuvimos, tenemos y tendremos por toda la eternidad una mínima dosis de buen gusto y de sentido común, lo mejor que podemos hacer es olvidar que un día estuvimos en ese pobre mundo de los vivos. Reciba usted, estimada señorita, el silencio eterno de una actriz, término ya en desuso en la República Mexicana.

Virginia Fábregas

1 de abril de 1973

LA MAESTRA MEDIO ABSTEMIA

Antes de estrenarse la obra intitulada *Y la maestra bebe un poco*, yo vivía en un constante "sucirio" (así llama mi madre a una